



DISCURSO SEXTO

DEL PODER DE DIOS

Cum intrasset Jerosolymam, commota est universa civitas, dicens: Quis est hic? Et intravit Jesus in templum Dei, et ejecit eas omnes vendentes et ementes in templo.

Habiendo Jesús entrado en Jerusalén, conmovióse toda la ciudad, y preguntaban: ¿Quién es éste? Y entrando Jesús en el templo de Dios, arrojó de allí á todos los que en él vendían y compraban.

(MATTH., XXI, 10, 12.)

EXORDIO

Templado

I

MARAVILLOME, católicos, y no acierto á comprender Parte 1.ª
cómo en las tinieblas de la gentilidad, antes del ad-
venimiento del verdadero Sol de justicia, Cristo Jesús, es-
cogían de ordinario los desventurados hombres, más bien
dioses ruines y cobardes que nobles y generosos. Reco-
rred, si no, con la imaginación algunos pueblos del cie-
go paganismo, y los veréis postrados ante inmensa muche-
dumbre de estúpidas deidades, adorando aquí un pedazo
de madera, allí un trozo de mármol, acullá otras criaturas
insensibles. Y en las regiones que el Nilo baña, tan afor-
tunados fueron sus moradores, que apenas había labrador
ó rústico aldeano que no tuviese sus divinidades nacidas en
su mismo huerto. Un golpe de azadón bastaba para engen-
drarlas de la tierra. En brotando un cohombro ó calabaza,
tenían nuevo dios y numen tutelar. Pero aun mayor dicha Proposición del exordio
probadá por in-
ducción
de pueblos idóla-
tras
y de ridículas di-
vinidades.

lograron los animales, y de ellos los más viles, como los gusarapos y lagartos, á quienes con preferencia á los generosos y esforzados, como el águila y el león, ofrecían los hombres adoración é incienso.

Contraste y sube-
cción.

¿Qué animal más sucio y rastrero que el ruin escarabajo? Pues tal fué el dios querido de los habitantes de la antigua Siená. ¿Cuál más torpe y perezoso que la tortuga? Pues la tortuga fué el dios de los Trogloditas. ¿Cuál más tardo que el pesado buey? Pues lo adoraron los vecinos de Heliópolis. ¿Cuál más inmundo que el animal inmundo? Pues recibió incienso en la sagrada Menfis. ¿Y cómo tanta locura y ceguedad? ¿Dónde está aquí la excelencia del hombre? ¿Cómo no se zfrontaba de inclinar su altiva frente delante de esa ralea de criaturas bajas y asquerosas, y de hincar sus rodillas y quemar incienso á torpes animalejos que hollaba antes y aplastaba con los pies?

Parte 2.ª ó cau-
sas de este desva-
rio, por sustenta-
ción,

Fácil es rastrear la solución. Impíos eran y de estragadas costumbres los idólatras, y forzados de otra parte, por incontrastable instinto de la naturaleza, á reconocer alguna divinidad en este mundo, escogieron antes dioses viles, pero flacos é impotentes, que no divinidades nobles, pero fuertes y poderosas. Siempre los malos aborrecieron el poder divino. Y así, venga un dios, se dijeron como el desatinado Marción, pero un dios que no vea ni oiga nuestras maldades, ni pueda tomar venganza. Confirma mi sentir el doctor Teodoreto, quien asegura que los filisteos adoraron por dioses á las moscas, animal no menos inerte que inconsistante y movedido. Con lo cual pensaban que ya les era lícito pecar impunemente, teniendo como tenían dioses tan apocados que, si les daban enojos, con sólo mover el abanico ó sacudir la mano, los apartaban de sí¹. ¡Imposible parece tanta ceguedad!

porque los malos
aborrecen el po-
der divino.

Confírmase por
Teodoreto.

Parte 3.ª
ó aplicación.
Proposición uni-
versal por apó-
trofe,

Pero no es nuestro Dios, no es, pecadores, el Dios que imagináis. Más alcanza de lo que forja vuestra ilusión; y así debéis acatarle, reverenciarle, temer su inmenso poderío. ¿No visteis por ventura lo que hizo el Salvador en el

¹ Quam vi venti flabellis expellunt, ejus figuram Deum appellaverunt. (Quæst. 3 in lib. IV Reg.)

templo de Jerusalén? Curiosa la gente popular, iba preguntando: ¿Quién es este obrador de tales maravillas? *Quis est hic?*—¿Y qué hace el benignísimo Jesús? Toma un azote, esfuerza su brazo y alzada la voz, y con semblante de encendida ira, lanza de allí á compradores y vendedores, pone espanto en la gente, y se hace respetar de los que ultrajan, no ya su divina persona, sino las paredes de su templo.

confírmase por e
Evangelio.

Pues ¿qué hacéis vosotros para que no os alcance el brazo de su indignación? ¿Cómo huiréis ó por qué caminos, si arde ya contra vosotros la ira omnipotente? Estaos quedos, si queréis ser salvos, y no os mováis de aquí hasta haber reconocido con corazón espantado y tembloroso el poder infinito de vuestro Dios; ponderando el **frenesí del hombre que osa desafiar** (¡quién lo creyera!), osa desafiar y tomarse con el **Todopoderoso**, y valiéndome de la expresión de Job, yergue su cuello y se abalanza contra la soberana Majestad: *Contra Omnipotentem roboratus est; cucurrit adversus Eum, erecto collo*¹.

Semillas de los
afectos de temor.

Proposición par-
ticular.

PARTE PRIMERA

II

Y en verdad, ¿á quién no espanta ver hoy á la sagrada persona de Jesucristo, que sólo con unos cordeles en la mano desbarata la gente, trastorna las mesas, ahuyenta las palomas y corderos, llena de confusión el templo, y la ciudad de temor y maravilla? Con razón tiénese por mayor el poder y fuerzas de aquel que con menos aparato da fe-^{Arg. 1.ª.} lizísimo remate á las empresas. Sirvaos de ejemplo el denodado Sansón. Si os dijera yo que era tal su valentía, que con sólo una pica en la mano contrastó el impetu de los filisteos, haríais gran concepto de su fuerza. Mas si os dijera que le bastó una espada, ¿no subiría de punto vuestra

Grandezca del po-
der divino ab in-
strumento.

Proposición ma-
yor.

Arguye gran po-
der por medios
flacos acabar efec-
tos extraordina-
rios; por ejemplo
del mismo J. C.

de Sansón,
por

sustentación

¹ Job, xv, 25-26.

é incremento.

admiración? Y ¿cuánto más si os dijera que con el solo revolver de la maza desbarató las huestes enemigas? ¿Pues qué si os afirmara que con una quijada de jumento deshizo el formidable ejército? ¡Qué idea tan grande formaríais de este héroe, y qué pequeña de los reyes y príncipes del mundo!

De lo contrario.

Yerran sin duda y groseramente se equivocan los que estiman por muy poderosos á los capitanes ó monarcas porque los ven salir al frente de innumerable infantería y caballería, de infinitas lanzas y arcabuces, de gruesa y espantosa artillería. Indicio es de debilidad tanto alarde de fuerza. Poder sería y esfuerzo singular salir al encuentro del enemigo con una quijada despreciable, y con ella desconcertar las haces y destrozalas completamente. Porque, aquel que con instrumentos flacos logra mayores efectos, muestra más el valor y pujanza propia.

proposición menor.
Éso hace Dios, por autoridad y ejemplo.

Luego es poderosísimo

y sois unos locos en alzaros contra él.

Transición por interrogación.

Pues ésta campea y resplandece en Dios nuestro Señor. Y veis aquí por qué para humillar la soberbia de los egipcios no se valió, como nota San Crisóstomo, de osos y leones, sino de viles moscas y asquerosos renacuajos; ¡respectáculo digno de Dios y de la admiración del orbe universo!¹ Esto supuesto, decidme, cristianos, ¿en qué entendimiento cabe que el miserable hombre se envanezca y glorie de ofender la Majestad divina? ¿De dónde, pecadores, tanta temeridad? ¿De dónde esa jactancia y frenesí con que, lejos de poner fin á vuestros pecados, los vais multiplicando sin cesar?

III

Arg. 2.^o
De las efectos.
Proposición mayor.
Vuestra confianza estáriba en la copia de bienes temporales,

Aunque no basta que confeséis con la boca la magnificencia del poder divino, si en vuestro corazón permanecéis soberbios. Y ¿sabéis, ¡oh cristianos!, la raíz de vuestra loca osadía? Pues nace de la abundancia de haberes temporales, mayormente de dinero. Ni es de maravillar. Al dinero todas las cosas obedecen, dice Salomón en el Eclesiastés: *Pe-*

¹ Grande spectaculum Deus universo orbi praestitit; superbiam Aegyptiorum non leonibus et ursis, sed ranis domuit et muscis. (In Gen.)

*cuniae obediunt omnia*¹, y eso decís vosotros, amaestrados por la experiencia de cada día.—¿Qué he menester yo?, repetís en vuestro interior sin daros cuenta. Yo puedo hacerlo que me acomode. Si quiero ganar aquel pleito, el abogado ó notario cumplirá mi voluntad; si quiero satisfacer mi pasión, se rendirá la otra á mis deseos; si me empeño en tomar venganza de aquel ultraje, no me faltarán manos para ejecutarlo; y así os tomáis osadamente con el mismo Dios, como si no os pudiera acaecer ningún desastre, teniendo abundancia de dinero, ídolo universal del mundo, y á quien acompañan todas las prosperidades y deleites.

Oíd la gallarda comparación de los Proverbios: La hacienda del rico es la ciudad de su fortaleza, y como robusta muralla que en torno le defiende: *Substantia divitis urbs roboris ejus, et quasi murus validus circumdans eum*².

Mas ¿no veis que si todas las cosas obedecen al dinero y le reconocen vasallaje, no le está sujeto el hacedor y dueño del dinero? Cuando quiera que disponga su divina Majestad derrocar esa ciudad fuerte y derribar esa altísima muralla, ¿por ventura habrá menester de gruesas baterías? ¿En qué consisten vuestros bienes? ¿En tierras y heredades? Muy al descubierto los tenéis. ¡Cuán á poca costa puede el Señor desposeeros de todo y dejaros por puertas y mendigos! Con hacer lo que hizo con Acab, que es no lloviendo sobre vuestros campos y barbechos una gota de rocío, ó enviando sobre vuestras mieses y frutales una tempestad de granizo, ó enjambres de mortíferos insectos, ¿qué fuera de vosotros? Una bandada de langostas, un pelotón de orugas, un ejército de gusanos roedores, bastan á Dios para castigaros, y á vosotros para empobreceros.

Y ¿no sabéis las gloriosas hazañas que ha rematado Dios con ese ejército tan flaco al parecer? No solamente lanzó con él á los cananeos de la tierra de promisión para entregarla al pueblo israelita, mas con él derrotó á los persas, capitaneados por Sapor, al pie de los muros de Nisibe, con él arrolló y deshizo las tropas de Carlo Magno, acampadas en las cercanías de Gerona; y con él ¡no podrá destruir cua-

por prosopopeya

enumeración

confirmada

por sententia bíblica.

Proposición menor.
Dios puede en un punto desposeeros de todo;

por distribución y subjección.

A) Riqueza en campos y heredades,

por inducción rápida de antiguos asolamientos;

confirm. lo que puede Dios con instrumentos flacos,

por ejemplos de la historia;

¹ Eccles. x, 19.—² Prov., XVIII, 11.

to, sus remolinos ocultos, sus vórtices y corrientes escondidas, que se encaminan adonde les señala el dedo del Señor. Oíd las palabras de Tertuliano á este propósito: «También es de temer esta violencia, cuando los bajeles andan lejos de los escollos Cafareos, ni son rechazados de los vientos, ni combatidos de las olas; antes, cuando halagados por suave marea, y deslizándose el navio blandamente, cantan muy regocijados los marineros, sobreviene de improviso un golpe de agua, una abertura enorme, un accidente no pensado, y vase á pique con toda seguridad y bonanza»¹. ¿Qué será de consiguiente, cuando navegan por alta mar, donde tiene Dios como á sus órdenes tantas trombas y torbellinos, tantas borrascas y furiosas tempestades, y donde, según la enérgica frase del Profeta, rompe las naves de Tarsis con solo vehemente? *In spiritu vehementi conteres naves Tharsis*².

conclusión.

B) en la industria y el comercio.

por subjeción y ponderación de peligros;

especiales peligros de las embarcaciones.

Consecuencia final.

Confirm. peligros las naves aun en mar tranquila

Mas, por ventura, vuestra riqueza no está en el campo; así que no tenéis por qué temer ni sequías ó inundaciones, ni plagas y estragos de animales. ¿En qué consisten, pues, vuestros haberes? ¿Dónde está vuestro tesoro? ¿En el cambio ó en el comercio?—¿Cuántas mentiras y mala fe! ¿En censos y arrendamientos? ¡Qué de incertidumbres! ¿En los bancos y seguros? ¡Qué cosa más insegura y arriesgada! ¿En un empleo ó cargo público? ¿Quién no ve los altibajos de la política? ¿En las mercancías? Pero están llenas de peligros. La nave donde depositasteis vuestros tesoros ¿no ha menester de mares sosegados, cielo limpio y vientos favorables? ¡Costaríale mucho al Hacedor del mar y de la tierra trastumar vuestra embarcación, ó lanzarla contra un escollo donde se hiciese pedazos, ó sobre unos bajos donde encallase, ó á manos de corsarios y enemigos! ¿Cómo, pues, oh negociadores (á vosotros me dirijo en particular), cómo osáis ofender á Dios en el punto mismo en que, por ventura, está gran parte de vuestra riqueza zozobrando en medio del Océano?

Y aun cuando superais que navega prósperamente y viento en popa, que se acerca á tierra, que va á entrar en el deseado puerto, fuera razón no dejar de temer; porque tiene Dios en los parajes más seguros, y en el mismo puer-

¹ Diod., l. III, c. 1.—² Sab., l. XXVIII.³ Cromer., l. VIII, c. 29.—⁴ Plin., l. XI.—⁵ Sig. Reg. Ital.

to, sus remolinos ocultos, sus vórtices y corrientes escondidas, que se encaminan adonde les señala el dedo del Señor. Oíd las palabras de Tertuliano á este propósito: «También es de temer esta violencia, cuando los bajeles andan lejos de los escollos Cafareos, ni son rechazados de los vientos, ni combatidos de las olas; antes, cuando halagados por suave marea, y deslizándose el navio blandamente, cantan muy regocijados los marineros, sobreviene de improviso un golpe de agua, una abertura enorme, un accidente no pensado, y vase á pique con toda seguridad y bonanza»¹. ¿Qué será de consiguiente, cuando navegan por alta mar, donde tiene Dios como á sus órdenes tantas trombas y torbellinos, tantas borrascas y furiosas tempestades, y donde, según la enérgica frase del Profeta, rompe las naves de Tarsis con solo vehemente? *In spiritu vehementi conteres naves Tharsis*².

y en parajes que parecen seguros,

por autoridad,

cuanto más en alta mar?

por sentencia bíblica.

C) en edificios.

D) en ganados.

E) en trigos.

F) en dineros;

es lo puedo quitar Dios.

cómo?

por qué?

Pasemos adelante. Si arroja Dios una centella, ¿no quedarán destruidas esas casas y edificios, de donde sacáis tanta ganancia? Si envía un aire contagioso, ¿no enfermarán las reses, cuyas ubres exprimidas os dan tanto provecho? Si manda lluvias y humedades excesivas, ¿no se enmohecerán y pudrirán vuestros graneros, sostén de vuestra familia y esperanza de la ajena? Pero si tenéis el oro y plata encerrada en arcones de hierro, resguardados con gruesas é ingeniosas cerraduras y envueltos y aforrados con planchas de metal, ¿pensáis con esto aseguraros de Aquel que tras-
tornó en el templo las mesas de los negociantes? *Mensas nummulariorum evertit*. ¡Oh torpe engaño! ¡oh necios de vosotros! Un pleito que permita el Señor que se os levante, una calumnia, una injusticia notable, bastan para dar en tierra con todos vuestros caudales. Porque es mucha verdad, católicos, lo que El mismo dice por boca del Profeta: Mía es la plata, mío es el oro: *Meum est argentum, meum est aurum*³.

¹ Vis est et illa navigiis, cum longe a Capharcis saxis, nullis depugnata turbinibus, nullis quassata decumanis, adulate flatu, labente cursu, laetante comitatu, intestino repente percussa, cum tota securitate decidunt. (L. de anima, c. 52).—² Ps., XLVII, 8.—³ Agg., II, 9.

Y sabiendo esta verdad ¿le ultrajáis con tanto descaro? Imaginad, os ruego, que un príncipe tuviese en su poder y bajo llave todos vuestros tesoros, como José los de los Egipcios, de manera que pudiese á su libre voluntad ó tomarlos ó dejarlos sin que nadie le fuese á la mano: ¿seríais tan locos que osarais abiertamente enemistaros con él? Y, no obstante, ¿osáis tomaros con el mismo Dios! ¡Oh locura y frenesí! ¡oh audacia increíble! Porque poseéis muchas riquezas, por esto sois más osados contra Dios; y yo os digo que deberíais andar con más temor y respeto á nuestro Señor, porque poseéis muchas riquezas. Si fuerais pobres de bienes de fortuna, á menores castigos estuvierais sujetos; mas, siendo ricos y adinerados, sois capaces de mayor escarmiento, y de pordiosear un día como mendigos miserables.

IV

Arg. 3.^o
A species.
Propos. mayor:
De nada sirven
las riquezas sin la
salud

Pero concedamos que su divina Majestad os deja en pacífica posesión de vuestras riquezas ó pingües heredades; mas ¡cuán fácilmente, si le place, puede privaros del fruto y deleite de ellas! Que no son las riquezas apetecibles por sí mismas, como enseñan los filósofos, sino por los bienes que de ellas se derivan, cuales son honra, dignidad, nobles parentescos, amistades, juegos, convites, deleites y pasatiempos. Y tales bienes ¿no los tiene Dios cerrados en el palmo de la mano con que sostiene y gobierna la maravillosa máquina del mundo?

Porque, estadme atentos: ya que fuera prolijo hablar de todos particularizándolos, ciñámonos á un solo bien que los abarca todos. ¿Quién no sabe que la salud del cuerpo es fundamento de todos los bienes temporales?

fundamento de todos los bienes temporales.

por experiencia

De qué sirve poseer deliciosas alquerías, hermosos jardines y magníficos palacios, si, aprisionados en una cama, no podéis salir fuera á gozar de sus deleites, ni os queda más alivio ni

¹ Eccli., xxx, 16.

recreo que la visita de los médicos? Todo el fruto de las riquezas estriba en su uso, no en su mera posesión. Por donde, prosigue el Eclesiástico: Mejor es el pobre sano y de buenas fuerzas, que no el rico achacoso y azotado por la enfermedad: *Melior est pauper sanus et fortis viribus, quam dives imbecillus et flagellatus malitia*¹. Ya que un pobre y andrajoso goza al menos de aquello poquito que recogió; mas el rico, pero enfermo, ningún deleite recibe de lo mucho que posee.

Poco os valdría, pues, que el Señor os dejara los huertos llenos de riquísima fruta, y las viñas de vino suavísimo, y los sotos y arboledas de abundantísima caza, si al mismo tiempo os postra el paladar, y os dan asco los manjares más exquisitos. ¡Desgraciados de vosotros, si se os fija un dolor agudo en la cabeza, que de nada os aprovechará vuestra ciencia y vasta literatura! ¿No fué un gran letrado Angel Policiano? Pues tiempo hubo en que tomaba tan poco deleite de los libros, que andaba como desatinado dándose de cabezadas en la pared; ¡tal inquietud sentía con las punzadas que le taladraban la cabeza! Y ¿qué os valdría todo el poder y señorío, si una gangrena os carcomiese el pecho? Poderosísimo sin duda era el rey Herodes, y en medio de su pujanza anduvo muchos años tan triste y amargado, que iba á clavarse un puñal en el pecho; ¡así le atormentaban los gusanos que en las entrañas le bullían! Por cierto, que os importara mucho la cama blanda, los almohadones bien mullidos, los regios cortinajes, si os sucediera lo que al misero Mecenás, que no pudo por tres años conciliar el sueño, ni cerrar una noche siquiera sus marchitos y cansados ojos. ¿Qué más? Una calenturilla basta á hacer infeliz al mortal más afortunado. Por eso, muy acertadamente, dijo San Agustín que, aunque es verdad que no son alegrías verdaderas las alegrías humanas, todavía eso poquito róballo despiadadamente una leve calentura².

Decidme ahora: ¿no están sujetos vuestros cuerpos de barro á tales achaques y dolencias? Sois jóvenes, sois fuer-

¹ Eccli., xxx, 14.

² Quamvis humana gaudia non sunt gaudia, tamen, qualicumque sint, aufert omnia ista febricula.

y autoridades divinas.

por distribución y ejemplos:

de qué las letras

de qué la realzara el mando.

de qué la priva-
ra

sin salud?

Conclusión

por sententia.

Propos. menor:

Dios puede quitarlosa facilidadmente,

por enumeración,

por linda imagen bíblica.

Luego debéis temerle.

Confírmase a comparación de fortiores con los jueces terrenales.

por la acerbidad de los divinos castigos.

por su duración,

comprobada

por efectos desastrosos.

tes, sois robustos, es verdad; pero, para quebrantar vuestras fuerzas de gigante, ¿pensáis que habrá menester Dios esforzar su omnipotente brazo? Un airecillo, un humor maligno que os envíe, bastan á Dios para batir esa torre y derribarla en tierra. ¿En qué seso cabe, pues, que le temáis tan poco? ¿Ignoráis acaso que lleva Dios la salud y vida de los hombres entre las plumas de sus alas, *sanitas in peninis ejus*¹, y que, por lo tanto, á una ligera sacudida quítala á uno y restitúyela á otro, tómalas de éste y devuélvela á aquél, según su beneplácito? ¡Gran Dios!, y el gusanillo del hombre ¿no te acata? Veo que los jueces terrenales se hacen temibles á los malhechores con mostrarles los grillos, las esposas, el palo y el cadalso que les tienen apercibidos, y Dios no puede recabar de nosotros que le temamos con ponernos á los ojos ese aparato aterrador de enfermedades, como ordenadas en batalla, que amagan el miserable cuerpo, ya de nuestros padres y parientes, ya de nuestros amigos y conocidos, quienes por ventura lloran en este momento, aquejados unos de úlceras ó cálculos, otros de dolores de estómago ó cabeza, y otros, tal vez, de todas estas enfermedades juntas, muriendo mil muertes antes de morir. ¿Qué juez hay ó tribunal que atemorice á los reos con tormentos á éstos comparables?

Por lo menos, aparte de la acerbidad de los castigos, es cierto que los que usan las justicias de la humana república tienen sus leyes y tiempo prefijado, que no es lícito traspasar; pero los que impone el soberano Rey y omnipotente Señor pueden extenderse á dilatados años, y á veces su misma duración los hace tan incomprometidos, que muchos prefirieron desesperadamente una muerte arrebatada á una vida tan penada y trabajosa. Así en la antigüedad acabaron sus días Tito Aristón y Silio Itálico, injustamente celebrados por Plinio el joven; así el filósofo Speusipo, que se dió la muerte por no sobrellevar una parálisis; así Porcio, el célebre orador, que no pudo hacer rostro á unas cuartanas importunas; así Timantes Cleoneo, agobiado de languidez y pesadumbre; así el rey Sesostris, inconsolable

¹ Malach. IV, 2.

y desesperado al verse viejo; y así en nuestros días el famoso y desaconsejado poeta Antonio Querno, el cual, no pudiendo ya sufrir los retortijones de sus dañadas vísceras, se rasgó el desventurado el vientre dolorido.

Dígame ahora la soberbia humana, si con tantas y tan atroces dolencias puede su divina Majestad tomar venganza de nuestros pecados. ¿Qué locura tan rematada no temerle, sino eguir la cabeza con arrogancia intolerable? Yo tengo para mí que algunos se persuaden ser de temple tan recio, que no hay armas en la armería de Dios capaces de mellar sus cuerpos; y así viven muy asegurados mientras no envíe el Señor sobre la tierra alguna peste semejante á la que en el reinado de Felipe devastó la Alemania, cuando las provincias todas quedaron tan inficionadas que los pájaros huían de los nidos, las fieras de las cavernas, las serpientes de las quiebras y escondrijos, y los hombres, destilando un sudor copioso y pestilencial, en el espacio de veinticuatro horas se consumían miserablemente y despedían por los abiertos poros la congajosa vida. No, no habéis menester tanto, oyentes míos. ¿Sois por ventura más fuertes que el coloso de Babilonia? ¿Y qué bastó á derrocarlo y hacerlo pedazos? Pues una piedrezuela que se desprendió del monte. Sólo una cosa pediría á Dios nuestro Señor, que hiciera diáfano y transparente como el cristal el cuerpo de cualquiera de nosotros, á fin de que pudierais ver de un golpe y con distinción la infinidad de huesos y huesecillos, de miembros y nervios, de venas y de arterias, de fibras y cartílagos que componen la primorosa fábrica del hombre. ¡Cómo os espantaríais al ver que esa labor tan delicada y divina puede con un soplo desconcertarse y deshacerse!

Os reís y con razón al solo recuerdo de aquel loco quien, imaginando que era de vidrio, se estuvo por espacio de muchos años tendido sobre blandas plumas sin osar rebullirse, y gritaba desde lejos á cuantos se llegaban por allí, que por caridad no le tocasen, que se rompería de repente. Y á mí muéveme á llorar el ver que, siendo como somos más frágiles que el vidrio, nos creemos más fuertes que el mismo bronce. Agudamente notó San Agustín que el vidrio, aun que de suyo tan quebradizo, puede, bien guardado, durar

Conclusion y

refutación tácita: soy robusto.

Resp. indirectamente á contrario.

directamente por el símil de la estatua de Babilonia.

probado por lo quebradizo del cuerpo humano.

por gracioso ejemplo

aplicación,

por encarecimiento de San Agustín.

siglos: *Tanta fragilitas custodienda durat per saecula*¹; pero el hombre, por mucho que se guarde, por más que se remire, ha de fenecer. ¡Oh increíble altanería, que se levante el hombre contra Dios, que puede en un momento y con cualquier cosilla destruirlo! ¿Cómo; exclamaré con Job, osa tu mezquino espíritu hincharse y ensoberbecerse contra la Majestad del Eterno? *Quid tunc contra Deum spiritus tuus?*².

por inducción
varias de muert
tes repentinas.

¿No sabes que una espina atravesada en las fauces mató á Tarquino, rey de los romanos? ¿No sabes que un caballo bebido con la leche arrebató á Fabio, y un grano de uva al famoso Anacreonte? ¿No sabes que un mosquito tragado junto con el agua quitó la vida al pontífice Adriano, IV de este nombre, y que una ligerísima punzada de alfiler atajó los días á la princesa Lucia, hija de Marco Aurelio? ¿Y tú no temes, no escarmentas, insensata criatura? ¿Y tú no glorificas á tu Hacedor, grita Daniel, que tiene en su mano el soplo de tu vida? *Ei Deum, qui habet flatum tuum in manu sua, non glorificasti*³.

Consecuencia fi
nal

y simplificación
por ejemplo a
fortiori,

Recuerdo á este propósito haber leído en las Historias de Indias, que un natural de aquellas tierras, por nombre Munatamá, fué acusado ante Vasco Núñez, gran conquistador, de un crimen de lesa majestad. Defendíase el pobre indio y trabajaba por deshacer aquella impostura con su bárbara elocuencia, pero todo sin provecho, hasta que, arrojándose á los pies del celebrado capitán, y puesta la temblorosa mano en el puño de la espada, resumió en estos términos la injusticia de aquel cargo: ¿Y podéis presumir, nobilísimo capitán, que pasase nunca por mi pensamiento el ofenderos, si lleváis al cinto un arma tan terrible que de un tajo parte al hombre más robusto?—Así argumentaba aquel salvaje, amaestrado en la escuela de la naturaleza, pues no parecía posible que hombre desnudo á la usanza del país, y sin más armas que un sable ó cimitarra de madera, se alzase contra otro que ceñía espada de cortante acero.

narración senc.
la.

1.^a parte.

2.^a parte.

3.^a parte.

¡Oh cristianos!, venid ahora y respondedme: y á vosotros ¿puede venir al pensamiento desafiar á Dios nuestro

Señor, como si no vierais la distancia infinita que media entre vosotros, vilísimos gusanillos de la tierra, y la soberana Majestad del Hacedor y gobernador del universo? ¡Oh, que lleva en su cinto divinal algo más que una espada de flexible acero! Cuantos rayos hay en las nubes, cuantas fieras en las selvas, cuantas hierbas ponzoñosas en los prados, cuantas chispas en el fuego, cuantas simas y despeñaderos en la tierra, armas son del omnipotente Dios, con que puede quebrantar vuestra altivez. ¿Y vosotros no le teméis? ¿Acaso tenéis algún escudo ó malla impenetrable con que rechazar tales golpes? Si con solo una calenturilla, un aire pernicioso os tiene por tierra, ¿qué sería si esgrimiese contra vosotros las formidables armas de truenos y centellas, de pestilencias y terremotos? ¿No podrá con ellas deshacer y desmenuzar la altanería del hombre-cillo ruin aquel Dios de Majestad que toca los montes y humean, enójase contra el mar y veílo seco, mira con ceño al sol y helo apagado, suelta de sus dedos la redondez del orbe y helo aniquilado? Altamente escribe Job: *Ví á los obradores de maldad, sopló Dios y perecieron: Vidi eos qui operantur iniquitatem, flante Deo, periisse*¹. Habéis notado, ¿cómo no dice tronó Dios, relampagueó, despidió rayos; sino simplemente *sopló*? Porque, verdaderamente, si á Él le place, puede de un soplo ó de una mirada matar á todos los impíos de la tierra: *Spiritu labiorum suorum interficiet impium*².

Aplicación y ponderación gravísimas del poder divino.

Afectos de terror

y asombro,

confirmados

con divinos testimonios.

V

Pero hay más, católicos; porque no solamente es árbrito y Señor para arrebataros la vida con el soplo de sus divinos labios, *spiritu labiorum suorum*, es decir, con gran facilidad y sin fatiga, mas también lo es para quitárnosla en la sazón más importuna, en las circunstancias más dolorosas que podemos imaginar. «Más violenta, dice Tertuliano, y más amarga es la muerte, que nos hace morir cuando el vivir es más deseable, á saber: en la prosperidad, en

Arg. 4.^o a consequentibus.

Dios puede mataros en la ocasión más importuna y que más os duela,

por autoridad.

¹ Hom. 28 inter 50. —² Job, xv, 13. —³ Dan., v, 23.

¹ Job, iv, 8-9. —² Is., II, 4.

Luego sois unos locos en ofender á su Majestad por interrogación y enumeración de ofensas.

los honores, en el descanso, en el deleite»¹. ¿Cómo, pues, os atrevéis, jóvenes livianos y cegados por la pasión, á ofender al Señor para combatir la ajena castidad? ¿Cómo osáis, ¡oh ávaros negociantes!, irritar á su divina Majestad para lograr aquella granjería? ¿Cómo osáis, ¡oh ambiciosos!, ofenderle para escalar aquel puesto que os deslumbra? Y vosotros, ¡oh padres inconsiderados!, ¿cómo pecáis por casar holgada y ricamente á vuestros hijos, si puede Dios atajaros de un golpe y deshacer en un punto esa urdimbre de locos pensamientos?

Confírmase por ejemplo desastrosamente,

narración,

imagen.

¿Quién dirá lo que sudó y afaná aquel célebre senador romano, por sobrenombre Bibulo, para llegar á la gloria del triunfo? ¿Qué de muertes no causó en los pueblos conquistados, ya con el veneno de las saetas, ya con los filos de la espada? Mas Dios halló camino de aguarle su contento y atajarle en la mitad de su carrera. ¿Y costóle mucho, por ventura? Bastóle en su providencia disponer que le esperase la muerte á la entrada del templo capitolino; y no armada de cimitarras ni de flechas, no de arietes ó catapultas, sino de una teja. ¿Lo creeríais? Una tejuela ó canto, que al entrar en el Capitolio cayó sobre la cabeza de Bibulo, le mató en la misma carroza triunfal, convirtiendo en un instante los lauros en cipreses, las músicas en llantos y toda aquella pompa y regocijo en lúgubres funerales. Y Dios, con todo ese poder, ¿os infunde tan poco temor, que no sólo os atrevéis á ofenderle, pero tal vez os vanagloriáis de ello y aun provocáis á su divina Majestad, como aquellos de quien se dice en Job que descaramente llaman á Dios á desafío? *Audacter provocat Deum*².

Consecuencia final.

Refutación brillante de la dificultad,

no tenemos por que nunca vimos el castigo?

por prosopopeya

A la verdad, oyentes míos, siempre que pienso en la soberbia y vana confianza de los pecadores, cuanto más investigo su causa, más atajado me encuentro y se llena mi espíritu de confusión é incertidumbres. No os canséis, me responderá algún desalmado pecador; no os canséis, que al punto os lo diremos. A los principios, también nosotros temíamos ese infinito poder que tanto habéis encarecido, y,

así, lejos, muy lejos estábamos de pecar. Mas pronto la experiencia nos fué disminuyendo ese temor; porque probamos á cometer algún pecado, y no por eso nos sobrevino ningún desastre. Animados con esta confianza, añadimos pecados á pecados, y corrimos sin vergüenza esa carrera, de los menores pasando á los mayores; del pensamiento á la obra deshonesta; del enojo á la venganza; de la codicia al hurto; de la palabra liviana á las blasfemias contra Dios; y, sin embargo de esto, vivimos y gozamos; tenemos hacienda y fructifica; tenemos hijos y suben que es un contento; tenemos amigos y nos honran; tenemos enemigos, pero nos respetan. ¿Cómo queréis, por tanto, que nos atemorice ese poder, á otros tan espantoso, para nosotros tan benigno? — ¡Para vosotros tan benigno! ¡Dios mío y omnipotente Majestad, que así os ultraje el polvo! ¿Cómo, si ois tanta arrogancia, no la castigáis, Señor? Veis aquí el fruto de vuestro largo sufrimiento: Perdonasteis, Dios mío, perdonasteis; mas ¿qué fruto sacasteis de ello? Por ventura ¿habéis sido glorificado? *Indulsi, Domine, indulsi, nunquid glorificatus es?*¹. Muy al contrario, me veo forzado á exclamar con Isaías: *Elongasti omnes terminos terrae*². Has alejado todos los términos de la tierra. ¿Dónde están vuestros rayos, que arrojáis sin provecho sobre las cimas de los montes ó en las torres empinadas? Contra los ímpios y desalmados fuera justo que los arrojarais, Señor. Y si no ha de ser así, ¿por qué enviáis á vuestros predicadores que anunciemos el poder de vuestro brazo incontrastable, si después no lo extendéis y nos dejáis burlados y corridos? No me maravilla que vuestros profetas se resistieran á tomar este alto ministerio por no ser baldonados y hechos la risa de las gentes. ¡Infeliz de mí! Persuádame haber hoy espantado á los pecadores, ó por lo menos doblegado su altivez con la terribilidad de vuestra omnipotencia; mas, cuando ahora oigo sus desatinadas razones, véolos que salen de aquí más engreídos que antes, y á mí que predico asolamiento, *vasitatem clamio*³, sin más arbitrio que llorar mi derrota y confusión.

Luego.

Resp. indirecta,

por sentida queja contra Dios

terrible impresión,

confirmada por los profetas y

experiencia propia.

¹ Multo enim violentior mors est, quae tunc mori affert, cum jucundius est vivere, in exaltatione, in honore, in requie, in voluptate.—² Job, XII, 6.

¹ Is., XXVI, 15.—² Ibid.—³ Jer., XX, 8.

por corrección vi-
vísima

y amarga conce-
pción.

Resp. directa a
causas por dile-
ma

ó Dios os perdo-
nó la pena; y en-
tonces temed
más, porque la pa-
ciencia ya enco-
nada revienta en
ira.

confirmase por
autoridad.

por definición de
la majestad del
príncipe

y del castigo;

luego;

ó aplazó la pena.

Mas, ¡oh necio de mí!, que estoy desvariando contra el cielo, cuya sabia providencia todo lo regula. Venid, pecadores: yo os concedo cumplidamente cuanto decís, que Dios nuestro Señor hasta ahora no os ha castigado, antes en todas las cosas favorecido y prosperado. Sea así; mas ¿qué se seguiría? ¿Luego ya no hay que temer nada en lo porvenir? No, hermanos míos; antes, en buena consecuencia, se sigue que habéis de temer más en adelante. Escuchadme con atención, porque voy á demostrároslo, no por vía de conjeturas, mas con razones tan evidentes que desvanecerán todo error.

El no haberos castigado su Majestad como vuestros pecados merecían, de dos causas puede proceder: ó de haberseos perdonado la pena, ó de haberla Dios aplazado para más tarde. Si sois cristianos, no podéis hallar otra razón.

Demos, pues, que os haya perdonado hasta el presente día; entonces hay más que temer en lo futuro, como quiera que cuanto más os ha perdonado por los pasados extravíos é insolencias, menos es de creer que os quiera perdonar en adelante. ¿No sabéis que la paciencia, largo tiempo apurada, revienta en ira? Es Dios clementísimo, pero también justísimo: *Dulcis et rectus Dominus*¹. Llegó á la justicia el tiempo de castigar, si ya la clemencia cumplió su oficio de perdonar. ¿No es gran desacierto poner Dios mandamientos que no ha de ejecutar, y prohibiciones que no ha de castigar?, exclama muy amargamente Tertuliano. *Quale enim est, ut Deus precepta constituat non executurus, ut prohibeat non vindicaturus?*². ¿Qué majestad de príncipe sería el que no castigase nunca y perdonase siempre? Es el castigo salvaguardia de la ley, defensor de la inocencia, terror del rebelde, base y fundamento de toda sabia gobernación; y así como cercenar á veces de la pena es propio de coraciones hidalgos y clementes, así, descuidarla siempre, es de espíritus flojos y cobardes. Por esto, cuanto más se os perdonó en lo pasado, tanto menos se os perdonará en lo porvenir.

Pero si, como es de presumir, más bien que perdonado,

¹ Ps., xxiv, 8. —² Contra Marc.

ha Dios aplazado el castigo para adelante, sea en esta vida, sea en la venidera, el no haber sido hasta ahora castigados no debe infundiros osadía, sino grandísimo temor, porque es indicio que quiere su Majestad cobrarse por junto y severísimamente. ¿Cuáles serán, pues, ¡oh pecadores!, las crecientes de su furor, si tan amargas fueron las gotas de su ira? ¿Qué estrago causan juntos los arroyos, que separadamente nada hacían! ¿Qué incendio tan horroroso forman las chispas juntas, que por sí cada una se apagaría luego! ¿Qué tempestad tan brava levantan los vientos coligados y revueltos, que separados no serían de temer! ¿Cuán espantosa será, pues, la cólera divina toda recogida y concentrada sobre vuestras cabezas como azote devastador, *flagellum inundans*, según habla Isaías¹, si un chispazo de esa ira es capaz de abrasar el universo! ¿Pareceos, por tanto, razón muy fuerte para vivir asegurados y tranquilos, no haber hasta hoy sacudido y ni aun ligeramente meneado su brazo poderoso? Antes esto mismo debería teneros más humildes, más temerosos y temblando sin cesar. ¡Ay, si seguís pecando!, porque iréis acrecentando olas sobre olas á la corriente furiosa que os arrebatará para siempre, y á la cual alude el Eclesiástico, cuando dice: Como el diluvio embriagó la tierra, así la ira del Señor inundará y embriagará las gentes que no buscaron su ley: *Quomodo cataclysmus aridam inebriavit, sic ira ipsius gentes, quae non exquisierunt eum, haereditabit*². Mas ¿cuándo, me preguntaréis, ha de descargar ese diluvio y tempestad horrorosa sobre el soberbio pecador? Si queréis saberlo, estadme atentos, que espero en el Señor y en vuestra singular benevolencia no os descontentará la conclusión de mi discurso.

y entonces estre-
micos, porque
tomará por junto
la venganza.

Amplif. por in-
ducciones de la
naturaleza.

Afectos de te-
rror.

por aplicación

y testimonio bí-
blico.

transición.

¹ Is., xxviii, 15. —² Ecl., xxxix, 28.

SEGUNDA PARTE

VI

Arg. 5.º
¿Cuándo toma-
rá venganza? De
cierto no lo sé;

por autoridad,

por imagen.

Muy probable-
mente si, cuando
menos lo pensáis.

Por maravillo-
sa sustentación y
semejanza de la
ruina de Jericó.

Narración ilus-
trada.

Exposición ó pro-
catástasis.

Nudo por gra-
dación magnífica.

Nadie puede saber á punto fijo el momento ordenado por la divina justicia para castigar al impío; cuanto más tarde, más áspera y rigurosamente. Misterios son éstos encerrados en el seno de Dios, juicios profundos guardados á solo el Padre: *Quae Pater posuit in sua potestate* ¹. Por esta razón fingieron los gentiles que los dioses inmortales iban calzados de blanda lana ²: para dar á entender que van tan quedito á nuestro alrededor, que por mucho que miremos repararás en ellos. Mas, puesto caso que sea así, pero si por lo pasado es lícito conjeturar lo porvenir, conforme la regla del glorioso San Jerónimo: *De praeteritis futura noscuntur*; figúrase poder determinar, si no con certeza, con gran probabilidad, la hora y punto en que se ejecutará la venganza. Si queréis saberlo, escuchadme con atención. Recordaréis, sin duda, el modo extraño con que fué tomada la ciudad de Jericó por los soldados de Josué. Habíanles ordenado el valeroso capitán que, por siete días consecutivos, al amanecer llevasen el Arca alrededor de las murallas; con esta disposición: que vaya delante la gente de armas; siga en pos la muchedumbre del pueblo, pero desarmado; y los sacerdotes del Señor, mientras caminan todos silenciosamente, rompan los aires con el sonido de las trompetas. Así se ejecutó, y al séptimo día cayeron las murallas al sonido de las trompetas, y fué tomada la ciudad.

Dejadme ahora filosofar acerca de este suceso tan sabido. Cuando, al amanecer del primer día, vieron los moradores de Jericó desde los alzados baluartes el ejército de los sitiadores, y aquella extraña procesión moverse en derredor al compás de las trompetas, ¿qué espanto les helaría el corazón? Sin duda imaginaron que luego al punto

¹ Act., i, 7. — ² Dii lanecos pedes habent.

iban á formar las tropas en batalla, y á dar el asalto, y á escalar la plaza. Mas, como vieron que á tanto alarde y ruidosas amenazas nada se siguió, recobraríanse del susto y respirarían los infelices. Al amanecer del segundo día, como reparasen en la misma ceremonia de los sitiadores, el susto se convirtió sin duda en maravilla, sin comprender el por qué de tantas vueltas y revueltas. Al tercero día, la admiración se trocaría en risa, viendo, por la experiencia de los antecedentes, que todo el asalto se remataba en vano estruendo y algazara. Pero al cuarto, y mucho más al quinto y sexto día, entonces sí que los sitiados, depuesto todo temor y envaletonados, ¡cómo se desatarían en burlas y chacota, en silbos y espantosa vocería, que resonaría por las almenas y murallas! — ¡Gentil manera de sitiarse una ciudad, dirían por escarnio; nueva estratagemata por cierto; tomar una plaza, no á poder de máquinas de guerra, sino á fuerza de ruido! Tocad enhorabuena, que nosotros danzaremos al son de vuestros instrumentos. ¡Cobarδες! ¿Pensáis amedrentarnos con ruido, ya que no podéis vencernos con el valor de vuestros brazos? Si sois valientes, dejad esas trompetas y empuñad la espada; entonces os creeremos. — Con estos y semejantes insultos provocarían diariamente el coraje de los nobles sitiadores. Mas, cuando subió de punto la risa y huyó el temor y creció la confianza fué, á mi entender, la mañana del día séptimo, después que habían tocado tantos argumentos de seguridad. Pues heos aquí, en esta misma mañana, derrocados en tierra los famosos muros. *Séptimo circuitu, clangentibus tubis, muri illico corruerunt* ¹. Al séptimo rodeo, resonando las trompetas, cayeron de un golpe las murallas.

Imaginad el estrago de aquel derrumbamiento, tanto más horroroso cuanto menos esperado. Estaban los infelices con la risa en los labios, cuando sienten sacudirse los lienzos, desplomarse los torreones, hundirse los baluartes, y vense envueltos entre tanta ruina; uno cae muerto de repente, otro es aplastado y desparramados sus miembros, y todos gritan y se desesperan y atruenan los espacios. En esto los

¹ Jos., vi, 16-20.

de los sitiadores. soldados de Josué saltan precipitadamente á la muralla por la parte donde cada uno se encontraba, y pasando encima de escambros y de cuerpos, antes que muertos sepultados, entran, desnudas las espadas y enristradas las lanzas, en la mísera ciudad, derrámense por ella, hieren, matan, saquean y cubren la antigua Jericó de estragos y universal asolamiento.

Arg. 6.º

6 aplicación y de: mostración del autor,

por autoridad,

por razón.

Aplicación de la 2.ª parte, por asíncteton.

De la 2.ª parte, por incremento,

Volvamos ya á nuestro propósito. ¿Qué queríais saber, oyentes míos? ¿Cuándo acacerá la ruina de los malos? ¿Sabéis cuándo? Cuando la dé Jericó, que es decir, súbitamente, según habla el profeta Isaías, y á la hora menos pensada: de repente, y cuando no se espere, vendrá la destrucción y quebantamiento de ellos: *Subito dum non speratur, veniet contritio ejus* ¹. Que muy justo es que sean sorprendidos los pecadores cuando, más olvidados de Dios, ó desoyen sus amenazas ó se burlan de su poder, y viven contentos y como adormecidos en sus vicios.

Veis aquí á los sacerdotes del Señor, que con la trompeta de la divina palabra vienen á cercar la rebelde fortaleza del corazón humano; tocan, amenazan, vuelven á amenazar y pregonan la inminente ruina y próximo exterminio; que tal es el mandamiento dado por Dios á los predicadores de la verdad, por estas palabras: Clama y no te canses de clamar; levanta tu voz como trompeta, anuncia á mi pueblo sus maldades, y sus pecados á la casa de Israel: *Clama ne cesses; quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelerum corum, et domui Jacob peccata eorum* ².

Los malos, cuando oyen por primera vez el sonido de esta trompeta y la voz de esta amenaza, tiemblan y conciben tal horror, que se arman luego con oración y penitencia, aperciéndose á la defensa con los santos Sacramentos, como si vieran caer sobre sus cabezas el castigo y destrucción. El castigo no viene. Y oyendo segunda vez á los predicadores vaticinar la misma ruina y los mismos estragos,

¹ Is., xxx, 13. — ² Is., lviii, 1.

cambian el temor en maravilla y piensan en su corazón: ¿Qué querrán estos buenos predicadores con semejantes gritos y amenazas? — La tercera vez múdase la admiración en risa, y, no mucho después, la risa en menosprecio, el por climax, menosprecio en osadía y jactancia, la jactancia en befas y donaires de la palabra de Dios, hasta desvergonzarse en sus juntas y corrillos contra el celoso predicador, y para valerme de las pabras de Ezequiel: Oyen las intimaciones del cielo, y las convierten en cantares de su boca: *Audiunt sermones tuos, et in canticum oris sui vertunt illos* ¹, y dicen, chanceándose, como los moradores de Jericó: — ¡Gentil sermón hemos oído! ¡terribles amenazas, á ser verdaderas! ¿Qué piensan los tales? ¿Atemorizarnos á fuerza de gritos y ponernos miedo con el lúgubre aparato de no sé qué asolamientos y miserias? Andad y creedlos vosotros. Por mi parte os aseguro que mucho tiempo ha que estoy oyendo las mismas amenazas, y el sonido de esas trompetas ensordece mis oídos, y ¿sabéis en qué ha concluído tanto estruendo? Pues en pesado y fastidiosísimo vocear. ¿Dónde están esas calamidades que nos anuncian? ¿Dónde tantas dolencias? ¿Dónde tanta ruina y destrucción? *Ubi est verbum Domini? veniat* ². Si es palabra del Señor, ¿dónde está su cumplimiento? Antes páreceme que estamos más alegres y abastados que los sencillos que lo creen. — ¡Eso decís? ¡Ay, desventurados pecadores, que ha llegado vuestra hora postrimera! El instante de vuestra suma jactancia es el instante de la ira de Dios y del cumplimiento de sus amenazas. Ahora veréis el significado de aquella importuna vocería, y del sonido de las trompetas que tanto os molestaban. La cólera del cielo os tomará con la risa en los labios, y viéndoos en el trance inevitable, ¡ay! ¡ay!, excluiréis; veo sangre, veo ruina, veo incendio, veo pestilencia, veo estrago, veo asolamiento, veo muerte. Tenéis razón, predicadores de Cristo. Vuestras amenazas se cumplieron ya. — Y así, atónitos y frenéticos, moriréis, antes que muertos, condenados.

¿No me creéis? Tomad las divinas Escrituras y leed. Confirmase

¹ Ezech., xxxiii, 31. — ² Jer., xvii, 15.

por prosopopeya

é ironía,

por hipérbole

y repetición.

Aplicación de la 3.ª parte, ó catástrofe. por exclamación,

por prosopopeya vehemente,

por repetición enfática

y afectos de terror.

por inducción pa-
rética y subjección
ortotiza.

Baltasar, príncipe de los Caldeos, ¿cuándo vió la horrenda aparición de la mano en la pared, anunciadora de exterminios espantosos? A tiempo que estaba asentado en espléndido banquete, cercado de concubinas y bebiendo, para mayor escarnio, en los cálices del templo¹. Nabucodonosor, rey de Babilonia, ¿cuándo oyó el trueno de aquella voz celestial que le condenaba á vivir en los bosques como bestia fiera? En sazón que, más orgulloso que nunca, se paseaba entre numerosos enjambres de aduladores, y ponderaba fastuosamente su prosperidad en el mayor desenfreno de sus pasiones². Al rey Antíoco, dominador de la Siria, ¿cuándo le hirió el cielo con aquella vergonzosa enfermedad que le roía las carnes y le trajo á desesperación? Precisamente á tiempo en que más braveaba, y subido en su triunfal carroza decía que había de asolar la ciudad de Sión con la misma facilidad que las otras ciudades³. Sennaquerib, rey de los Asirios, ¿cuándo recibió del Angel aquel golpe fatal que le destruyó su gente, yermando el vasto campamento? En el día que, menos receloso, se mofaba con extraño orgullo del brazo del Señor, como impotente para librar al pueblo de Israel de sus manos siempre vencedoras⁴. Y ¿cuándo la reina Jezabel vió ejecutada la amenaza triste de morir comida de perros? En el punto en que más envaneceida y libre, al parecer, de temores y sobresaltos se asomaba á los balcones de palacio y miraba cómo aseguraría, con nuevo casamiento, la injusta posesión del trono⁵. Y si discurrís por los otros pecadores, en quien descargó de golpe y por junto la cólera divina, siempre hallaréis que les vino, ó cuando, más olvidados, no la aguardaban, ó cuando, más orgullosos, hacían de ella escandalosa burla. Y ¿por qué no nos alcanzará á nosotros el mismo fin que á ellos, si entramos á la parte en su jactancia? No dudéis, responde el Apóstol, cuando dijeren: Ahora hay paz y seguridad y buena andanza; entonces les sobrevendrá la muerte repentina: *Cum dixerint pax et securitas, tunc repentinus eis superveniet interitus*⁶.

¹ Dan., v. — ² Dan., iv, 26 et seq. — ³ 2 Mach., ix.

⁴ Reg., xix, 35. — ⁵ Reg., ix, 30. — ⁶ 1 Thess., v, 3.

VIII

Arg. 7.º ó epi-
logo

Asentemos, pues, estos principios: lo primero, que nuestro Dios no es Dios de palo como el dios de los gentiles, y, por tanto, hay que temer su omnipotente majestad, pues con un azote de cuerdas, es decir, con muy flacas armas, puede vengarse rigurosísimamente, si le place. En segundo lugar, que si hasta ahora no lo hizo, no por esto ha de menguar nuestro temor, sino crecer y entrañarse en el alma; porque, ó es por habernos perdonado hasta ahora, y entonces sabido es que tras largo perdón es más implacable la justicia, ó un aplazamiento de la pena, y manifiesta cosa es que á largas treguas suele suceder mayor y más terrible venganza. Y, por último, que cuando hay más que temer la ira del Señor es cuando la prosperidad continuada, ó nos de la parte ciega hasta hacernos olvidar el castigo, ó nos hincha y en-
sobberbece hasta despreciarle.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO SEXTO

No es la elocuencia de Séñeri relámpago que encandila y no alumbra, sino á manera del sol, que amanece sereno, sube majestuoso, domina en el cenit resplandeciente y encendido, y se despeña en el ocaso, después de haber alegrado y vivificado la superficie de la tierra. Verdaderamente, si no hay astro ni más hermoso ni más útil que el sol, tampoco hay arte ni más bella ni más provechosa que la elocuencia.

Limitémonos al presente discurso. Tranquilo (aunque algo raro) en el **exordio**, aparece de súbito la **proposición** y hiere los oídos, como la rueda del sol hiere los ojos al asomar por Oriente; va subiendo esta luz de claridad en claridad, y de argumento en argumento, en la **confirmación**; llega á su mayor fuerza en la conclusión de la primera parte, y se precipita y esconde en la segunda, dejando al miserable pecador desengañado por una parte, y sobrecoigido y atónito por otra, con los horrores de la cercana noche.

Dejemos ya metáforas. ¿A quién habla el orador? A gente rica y hacendada. ¿Qué **fin** se propone? Que no sigan ofendiendo á su divina Majestad. Para esto ¿qué hace? Arrancar del pecho de los ricos el mayor impedimento de su salvación. Y éste ¿cuál es? Una **secreta soberbia** con que imaginan que todo lo pueden por tener dinero, y con él, y porque no ven que lluevan rayos del cielo sobre sus cabezas, osan en cierta manera desafiar al mismo Dios. ¿Y qué remedio para abrir camino á la gracia, que sólo se comunica á los humildes? **Humillarlos** y desarrimarlos de sus riquezas, de sus amigos, de su salud; hacer que sientan y palpén cómo están colgados del poder divino que ellos menosprecian, y que oigan ya el chasquido del azote, ó sea el castigo del cielo, como en realidad casi se percibe en la segunda parte.

El artificio que emplea para **conciliar** é interesar á los oyentes es aquí la importancia del asunto, la novedad y extrañeza del exordio, la creciente fuerza de la argumenta-

ción, el dialogismo casi continuado, las descripciones rápidas, las refutaciones frecuentes, las historias sagradas y profanas sembradas acá y acullá con destreza y parsimonia, debiendo notarse la magnífica amplificación del cerco de Jericó y su aplicación magistral á los oyentes.

Para convencer el entendimiento, no lo entretiene en especulaciones teológicas sobre la omnipotencia del Hacedor Supremo, sino que viene luego, como suele decirse, á las inmediatas y, cotejando poder con poder, reduce á la nada la altanería y vana confianza de los ricos orgullosos, y los cerca de manera por todos lados, que no les queda más arbitrio que entregarse á discreción. La forma general es el silogismo y el dilema, que aventajan á las demás en claridad y nervio.

Los afectos que trata de mover principalmente son el **temor** y **desconfianza** de las propias fuerzas, los primeros que de ley ordinaria penetran en el corazón del pecador, si éste es rico y está sano y robusto. Para ello, según hemos notado en el sermón de la Muerte, donde los afectos son los mismos, procede por estos pasos: Primero: abate la hinchazón de los oyentes y los amedrenta, arrebátádoles uno por uno todos sus bienes, poniéndolos en las manos de Dios, absoluto dueño y árbitro de sus criaturas. Segundo: quítales á los tales la salud cuando más la habían menester, y los deja sin fuerzas para menear un dedo. Tercero: les aproxima este castigo y se lo acerca tanto, que les parece á los que escuchan que van á morir en saliendo de la iglesia. Porque en la primera mitad discurre acerca de la cuestión **quid**, ó si es razón temer á su divina Majestad; pero en la segunda trata la cuestión **quando**, que es la más grave y terrible, como que de ella pende la salvación ó perdición eterna. El argumento cuarto (párrafo quinto), hasta la conclusión del discurso, merece estudiarse por la vehemencia de los sentimientos, vivacidad de las imágenes y facundia del estilo.

Pero es de notar la maestría con que oculta la intención principal de **mover** y **conciliar** los ánimos, no mostrando más deseo que el de **enseñar** y convencer, rematando por esto en una recapitulación muy sencilla, sin color ni calor alguno. Porque sabía la regla que da el Príncipe de los Oradores romanos por estas palabras: «Cuando queremos persuadir á los otros, y traerlos á nuestra voluntad por estas tres vías, enseñándolos, agradándolos y moviéndolos, hemos de procurar sobre todo que no parezca sino que deseamos enseñar». *Quoniam tribus rebus homines ad nostram sententiam perducimus, aut docendo, aut conciliando, aut permovendo, una ex tribus rebus res pro nobis est ferenda, ut nihil*

*aliud, nisi docere velle videamur*¹. Y lo aclara con esta preciosa comparación: Como la sangre se derrama por todo el cuerpo, así la conciliación y moción de los afectos han de derramarse por todos los miembros del discurso, hermo-seándolos con sus gracias y avivándolos con su calor. *Reliquae duae, sicuti sanguis in corporibus, sic illae in perpetuis orationibus fusae esse debebunt.* (Ibid.)

Con gusto hubiéramos sustituido por otro el exordio har-to peregrino; pero lo hemos respetado, ya por su mérito in-trínseco y trabazón con lo que sigue, ya porque pinta con dos palabras el abatimiento del género humano antes de la venida de Jesucristo al mundo, y su hazaña inmortal en haber desterrado de él la idolatría y sujetádole á la servi-dumbre de su amor; recuerdo siempre dulce al corazón de los redimidos.

¹ De Orat., II, 77.



DISCURSO SÉPTIMO

DE LA SALVACIÓN

Cum autem immundus spiritus exiit ab homine, ambulat per loca arida quaerens requiem, et non invenit.

Quando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por parajes áridos, buscando reposo y no le halla.

(MATH., XII, 45.)

EXORDIO

Por insinuación.

I

TÚVOSE un tiempo por singular hazaña conseguir que las fieras, escondidas en las cavernas de los montes ó en la verdura de los valles, no hiciesen á los hombres daño alguno, limitándose la industria de éstos á evitar que los despedazasen los osos y jabalíes, ó los mordiesen las víboras, ó los molestasen otros dañinos animales. Nos maravilla ahora tal poquedad de corazón; porque el nuestro ha sido tan animoso, tan valiente, ó, mejor dicho, tan codicioso de placeres y riquezas, que, no contentos ya con que no nos perjudiquen, nos valemos de las fieras, aun de las más bravas, para nuestra necesidad, regalo y entretenimiento. Servímonos de sus pieles para cubrir y defender nuestros cuerpos; de sus carnes para alimentarnos, de sus huesos para las artes, y hasta de su ponzoña y veneno para la confección de antídotos y medicinas, en términos que puede asegurarse que más hombres conservan por ellas la vida y la salud que no la pierden víctimas de su ferocidad.

Esta valentía, cristianos amadísimos, hemos de tener

^{1.ª} parte, donde encierra la atención y curiosidad.

^{2.ª} Cobardía de los antiguos respecto de las fieras;

valentía nuestra.

^{2.ª} parte ó aplicación;